

» para descubrir las intenciones de la corte de Paris,  
» no auguraban nada favorable al estado (1). Sus te-  
» mores se aumentaron á principios de marzo, cuan-  
» do la reina de Etruria llegó á Madrid desposeida,  
» y pocos dias despues el consejero Izquierdo, á quien  
» Napoleon hizo venir á nuestra corte con instruc-  
» ciones reservadas y verbales, segun el dicho de  
» Ceballos, ó con proposiciones escritas, segun des-  
» pues hubo de asegurar el mismo Izquierdo.»

---

contra la cual, por mas que hubiese yo querido traba-  
jar, hubiera trabajado en vano. Estas preguntas y otras  
muchas semejantes, dignas de hacerse ante el tribunal  
de la historia, dejan ver la realidad de los sucesos que  
mis enemigos lograron tanto tiempo ocultar á la España.

(1) Aquí mas que en ninguna parte convido á reflec-  
cionar á mis lectores, y á verificar si mi narracion es  
exacta. Dicen aquí: *Su magestad y el favorito, mejor  
instruidos, no auguraban nada favorable al estado*; he  
pues lo que ya he dicho, de que en aquellos dias Cár-  
los IV era un rey desamparado sin mas defensa ni pantalla  
que mi frágil existencia. No dicen ya que el ministerio,  
no Ceballos, no Caballero, ni Feliú, ni Gil de Lemus,  
sino Cárlos IV y yo tan solos: luego los demas ministros  
se contaban ya en el bando de Fernando, ó de los que  
creian que Bonaparte venia solo á entronizarlo, ó cosa  
semejante. Luego yo me hallaba solo para guardar la  
pátria y ninguno al lado mio para ayudarme. No dicen  
bien, *mas instruidos*, porque á mí no me llegaban ni  
avisos, ni advertencias, ni noticias, ni de parte de la  
Francia, ni de la embajada, ni de otro punto alguno,  
mientras ellos tenian de parte suya la embajada en la que  
se apoyaba todo el bando de Fernando. *Mejor instruidos*

Llegó la infanta doña María Luisa con efecto, llegó Izquierdo, y llegaron tambien por mar al mismo tiempo las ominosas nuevas de los insultos y violencias que el Papa sufría en Roma, violencias precursoras de las que preparaba Bonaparte entre nosotros. Pocos habrá que ignoren ó que hayan olvidado, de qué modo se apoderó de Roma el general Miollis en 2 de febrero de 1808, cuando pedido el simple paso inofensivo por los Estados Pontificios para Nápoles, y acabado de prometerse por Mr. Alquier, embajador francés, no harian mansion alguna en la ciudad, entraron como dueños, forzaron el castillo de Sant' Angelo, ocuparon todos los

---

no debieron escribir, sino *mas advertidos, muy mas amigos de la patria*. Básteme preguntarles quien se engañó, si Cárlos IV ó su infeliz amigo; ó si ellos fueron los que se engañaron, y engañaron á la España.

Dirá tal vez alguno que yo debí desengañarla. Y es verdad, y asi lo quise, y asi se lo rogaba á Cárlos IV á cada instante que me permitiese hacerlo. Mas para hablar á la nacion, para desengañarla, era preciso y lo primero, poner al rey en salvo, y despues de esto contar todas las cosas y revelar tantas maldades. Yo tenia prevenido el manifiesto, mas Cárlos IV se tardaba en resolverse, en decidirse á la partida, y de un dia en otro se fué el tiempo y sobrevino la catástrofe. ¿Debí yo hablar antes que el rey saliese de Madrid, hablar sin un ejército en su guarda, desafiar á Bonaparte descubriendo sus perfidias, y estarme quieto con el rey á dos ó tres jornadas de las tropas imperiales? ¿Habrá aun quién culpe mi silencio en tales circunstancias?

puestos militares, y plantaron la artillería con las bocas vueltas al Quirinal, mansion pacífica del venerable padre de los fieles. Fernando se asombró, ó pareció asombrarse, cuando su augusto padre consternado le mostró los pliegos que nos venian por mar de Roma con las mas grandes precauciones. «Ya estás viendo, le dijo, lo que puede fiarse en la amistad de Bonaparte y lo que valen sus promesas: á tí te toca hablar á los que acaso te alucinan todavía con locas esperanzas. Piensa bien que te engañan cuantos se atreven á decirte que viene á protegerte. No se habla de otra cosa; pero es por dividirnos, por separarte de tu padre y asegurar mejor su presa. Este aviso nos lo envia Dios: de corazon, Fernando mio, á ojos vistas está ya el mal, únete con tu padre; quien de ese modo trata, y con las mismas artes que á nosotros, al que le puso la corona en su cabeza, ¿qué podrá hacer por tí, ni por ninguno que sea de nuestra casa? Fuerza es ponernos en seguro.... cuento que eres mi hijo y que las luces no te falten en los dias contados que podrán quedarnos para salvar nuestra corona y despertar con tiempo la lealtad de mis vasallos.» Lloró Fernando mucho y abrazado con su padre, hízole mil protestas de obediencia, aseverando una y mil veces no tener ninguna inteligencia ni directa ni indirecta con Beauharnais ni con ningun malvado de los que hacian sonar su nombre en las intrigas de la corte.

Yo procuré por bajo mano hacer cundir aquellas tristes nuevas, cierto que seria un medio de preparar los ánimos antes de hacer á la nacion el manifesto que intentaba en cuanto el rey se retirase y estuviese á salvo de las tropas imperiales. Los seductores de Fernando no tardaron en tener las mismas nuevas por varias otras cartas que llegaron, y especialmente las del nuncio, que, en verdad, no hizo misterio de las suyas; pero estos hombres fascinados por Beauharnais, no desistieron de sus planes, ni temieron el engaño. Creyeron á Beauharnais que desmintió tales noticias, y ¡ó maldad! á pocos dias nuestra Gaceta publicó un artículo de Roma concebido en estos términos: «*Roma 8 de febrero.* Su santidad se ha dignado hoy dar audiencia á los oficiales del cuerpo del ejército francés, que ha presentado Mr. Alquier, embajador de Francia. El santo padre los ha recibido con la mayor bondad, y le ha cumplimentado en nombre de todos el general Miollis, comandante en jefe. Es de admirar la buena disposicion, orden y disciplina de las tropas francesas y la armonía que reina entre ellas, las de su santidad y los naturales (1).»

---

(1) Este artículo era de tal falsedad, cuanto al contrario, revestido el Papa de un vigor extraordinario, se negó enteramente á la audiencia pedida, «*haciendo escribir, cuenta Cárlos Botta, al emperador frances no*

De esta manera deshicieron mis contrarios aquel postrer recurso que me venia á las manos para po-

---

»tendria nunca por amigos aquellos soldados que rompiendo las mas solemnes promesas, habian entrado en Roma, habian violado su propia residencia, ocupado la ciudad y el castillo, vuelto los cañones contra su propia habitacion, y puesto á contribucion para mantenerlos su erario y sus súbditos; que se miraba como un hombre reducido á la condicion de prisionero (*carcerato*), y que no entraria en ningun género de negociacion ni de tratado con la Francia, mientras no se viese restituido enteramente á su plena y segura libertad.» (*Historia de Italia desde 1789 hasta 1814*, libro XXIII.) En cuanto á la pretendida armonia entre las tropas francesas y las de su santidad, cuenta el mismo Botta, que desde el dia de la entrada violenta de las tropas imperiales en Roma, comenzaron estas á trabajar por enganchar las pontificias al servicio del emperador haciéndolas afrentarse de servir al Papa, y que el mismo Miollis las arengó un dia diciéndoles que se habia acabado el tiempo de servir bajo las órdenes de mugeres ó de clérigos, que era lo mismo, y añadiendo diferentes otros escarnios semejantes contra el gobierno papal. Mientras tanto, aquel mismo general intimaba la salida de Roma para Nápoles á los cardenales napolitanos Ruffo-Scilla, Pignatelli, Saluzzo, Caracciolo, Caraffa, Traietto y Firrao, juntamente con otros catorce mas, naturales del reino de Italia. La casa de correos fué tambien invadida, y abiertas y leidas todas las cartas que se encontraron. Ocupáronse ademas todas las imprentas por orden de Miollis, y esto de tal manera que el Papa no pudo hacer imprimir su alocucion á los cardenales. Por de contado la subsistencia de las tropas fué puesta bajo el cargo del gobierno romano, y Roma tratada en todas cosas como un pueblo de conquista.

der hacer creibles los designios ambiciosos y enemigos que comenzaba á realizar entre nosotros Bonaparte por los mismos medios de que usaba en Roma. ¿Quién mandó la impresion de aquel artículo? Si no hubo connivencia en la secretaría de estado, en cuya atribucion y dependencia estaba la Gaceta, hubo sorpresa por lo menos. El director de aquel periódico declaró con juramento haber venido el tal artículo con los demas que se enviaban por parte del gobierno; la letra, en medio de esto, no era de mano conocida. No era ya Cárlos IV quien mandaba; la embajada francesa y la faccion mandaban ya á su anchura.

Las relaciones de la infanta doña María Luisa no fueron menos inquietantes, harto tardías empero, porque en el tiempo de su marcha, juzgándose espíada en todas partes, no se atrevió á escribir ninguna cosa de política, y su camino hasta Madrid fué perezoso y lento, parte por sus achaques de salud, parte tambien porque temiese hallarse en los desastres que presentia de nuestra corte. Venia asombrada del recibo, mas bien apoteosis, que habian hecho á Bonaparte los pueblos italianos, mas asombrada todavía de la resignacion de los franceses á la guerra eterna y á la servidumbre con que los trabajaba aquel guerrero mágico, tras de un poder inabarcable. Aun se admiraba mas de que en ninguna clase, baja, media, ó alta, no oyó á ninguno que le diese, ni en Francia, ni en Italia, el

nombre de tirano. « Los unos, nos decia, mas que  
» amarle, le adoran como á un genio peregrino,  
» que ha de poner la Francia á la cabeza de los pue-  
» blos todos de la Europa, y que ha de renovar la  
» faz del mundo; los otros se le rinden por temor,  
» mas con aquella especie de temor reverencial con  
» que se teme á Dios sin murmurar de sus decretos  
» y sin osar pedirle cuenta de sus obras. No tiene ya  
» quien le replique ni pueda replicarle en todo el  
» continente; los dos emperadores se han repartido  
» el mundo, á lo que empieza ya á contarse: podrá  
» ser de uno y de otro el mando de la tierra, pero  
» el de los franceses se apresura á recoger su parte,  
» antes que el otro tenga lo restante y pueda equili-  
» brarse. Esta ansia le devora, y por desgracia nues-  
» tra, teme que á poco andar de los sucesos, la Es-  
» paña sea un obstáculo á sus planes ó un peligro.  
» Yo no sabré decir si su designio será acabar con  
» nuestra casa y arrojar las ramas con el tronco der-  
» ribado; ó si será su intento subyugarnos y poner-  
» nos al igual de sus confederados de Alemania,  
» buscando á mas, como hace en todas partes, cuar-  
» teles y presidios á sus tropas; ó si querrá debili-  
» tarnos hasta el punto de no poder temernos en nin-  
» gun evento, quitándonos provincias y arredon-  
» dando mas su imperio. Todo esto podrá ser, y acaso  
» duda todavía en cual de estos extremos pondrá  
» mano; pero ni yo lo dudo ni nadie duda en Fran-  
» cia, que intenta por lo menos erigirse entre noso-

»tros en mediador armado so pretexto de las disen-  
»siones de la corte, que aun cuando no sean nada  
»ó poca cosa en realidad, se hacen correr en Fran-  
»cia por muy graves y dañosas al imperio bajo el  
»título obligado de intrigas de Inglaterra. Tan  
»grande es la importancia que el emperador les  
»presta ó finge que les presta, tales las consecuen-  
»cias que imagina ó finge imaginarse, que llegó  
»á decirme seria prudencia de mi parte detenerme  
»en el Piamonte, y esperar el desenlace enteramen-  
»te inopinado que podrian tener los negocios  
»de la España. Qué pueda haber en ella, centro  
»de la virtud y la lealtad comparativamente á las  
»demas naciones de la Europa que se han dejado  
»subyugar por Bonaparte, yo lo ignoro; mas diré  
»que si hay algo digno de temerse, es obra ó ficcion  
»suya, como en Roma, pais donde al presente, me-  
»nos que en parte alguna se le han dado motivos  
»de sospecha, y en donde vocifera que hay un  
»foco de traiciones contra su corona, obra todo de  
»Inglaterra que ha invadido con su peste el con-  
»sistorio: querrá tener á Roma como ya tiene la  
»Toscana; querrá tambien tener de España....!  
»Quién podrá calcular lo que él desea con un mi-  
»llon de hombres, sin tener en que emplearlos, lo  
»demas de la Europa encadenado, y su programa  
»siempre listo de someter á la Inglaterra, no en  
»los mares ni en sus islas, sino en el mismo conti-  
»nente!»



Contó despues la infanta, lo mejor que pudo, la conversacion enmarañada y casi incomprendible que le tuvo Bonaparte cuando se vieron en Milan en 17 de diciembre, conversacion difícil de contarse por la movilidad de ideas y sentimientos, y por la oscuridad y confusion de especies con que tiró á envolverla en dudas, en esperanzas y en temores sobre sus intenciones y designios. « La entrada, re-  
»feria la infanta, no pudo ser mas obsequiosa, ni  
» con mayores miramientos á una reina que él lle-  
»vó al trono por su mano. Habia en su rostro algu-  
»na cosa verdadera por lo menos, y era una cierta  
» especie de embarazo en sus miradas que no alcan-  
»zó á disimular en sus primeras frases con quien  
» hacia trocar el Arno por el Miño. — Veo á V. M.,  
» me dijo, con todo el afecto que ha engendrado en  
» mí la finura y la lealtad de su conducta con mis  
» pueblos de la Francia y de la Italia. Me causa un  
» gran pesar, se lo aseguro francamente, esta dislo-  
» cacion que hacen precisa las circunstancias de la  
» Europa y la tenacidad de la Inglaterra. El corazon  
» y la política no estan de acuerdo las mas veces.  
» No sé si en Portugal, tan cerca de sus padres,  
» hallará V. M. la compensacion que he deseado  
» darle por el sacrificio que sin duda le habrá cos-  
»tado separarse de unos pueblos que la amaban.  
» Mi deseo es tambien que no se queje V. M. de mí;  
» mas de una vez habrá notado con su penetracion,  
» que de algunos años á esta parte no soy libre en

» lo que hago. Busco la paz universal, y esta nece-  
» sidad, no solo de mis pueblos, sino de todo el  
» mundo, me obliga á situarme de tal suerte, que  
» por mas oro que derrame la Inglaterra, no halle  
» mas adelante, no solo quien se atreva, sino tam-  
» poco á quien le sea posible venderse á sus furoros.  
» Desahuciada en el Norte de esperanzas, se vuelve  
» al Mediodia para enredarme en esta parte, mien-  
» tras que pueda preparar nuevos incendios en la  
» otra. Vea V. M. á Roma, ¿quién lo podria creer?  
» hecha ahora mismo y casi en mi presencia, hecha  
» un foco de intrigas y una manida de raposos,  
» donde bajo la salvaguardia de pais santo, univer-  
» sal y neutro, tienen franca entrada y salida, y  
» mansion disimulada los enemigos de la Francia.  
» Cómplice ó connivente el gobierno romano, me  
» pone en la necesidad, ó de traerle á la razon, ó  
» bien de reasumir una soberanía salida en otro  
» tiempo de la pura gracia de un emperador fran-  
» ces, y reversible en todo tiempo si abusa de ella  
» en daño del imperio. No quiera Dios que se me  
» ponga en tal extremo; pero si Roma no se aviene  
» á su deber, dejará de ser por siempre un gabi-  
» ne de malsines ó intrigantes (1). Vea pues V. M.

---

(1) Para los que no estuviesen del todo al corriente de los sucesos de aquel tiempo, es justo y necesario observar en este lugar, que si bien el gobierno pontifical se hallaba justamente resentido, despues de la consagra-

- » si en tal situacion no ha sido cordura de mi parte
- » proponer á su augusto padre el cambio que se ha
- » hecho, y querer alejarla de un pais donde podria
- » verse fuertemente comprometida por mis enemi-
- » gos, ó reinar solo en el nombre, por la necesidad

---

cion de Bonaparte, de que no hubiese correspondido de manera alguna á aquella complacencia exorbitante de Pio VII, no solo guardó constantemente una perfecta neutralidad en favor de la Francia, sino que tuvo con ella deferencias muy señaladas, y que en la guerra interior de las Calabrias, llegó hasta negar todo asilo á los miserables refugiados que lo buscaban solo para salvarse en aquella patria comun de los católicos. Napoleon ansiaba por la incorporacion de Roma á su imperio; para llegar á este fin, se valió de dos medios; el primero, de suponer que en Roma estaba el centro de las intrigas de la Inglaterra, la Cerdeña y la Sicilia contra Nápoles y contra todo el mediodia de la Italia: el segundo, de pedir al gobierno pontificio cosas imposibles ó muy difíciles de concederse, cuales fueron en lo temporal que el Papa entrase en la liga continental contra los Ingleses, declarándoles la guerra á estos y demas enemigos de la Francia; y en lo espiritual, que la Francia tuviese un patriarca con facultades papales, que hubiese en Roma libertad de cultos, que se aboliesen todas las órdenes religiosas, que se aboliese el celibato eclesiástico, que se admitiese en los estados romanos el código frances y se pudiesen en desuetud los cánones que le fuesen contrarios, con otras muchas pretensiones y peticiones de este género, cuya denegacion sirviese de pretexto para la usurpacion y las violencias que meditaba y fueron comenzadas en 2 de febrero, y proseguidas sucesivamente hasta la union de Roma al imperio, y el durísimo cautiverio de Pio VII.

» que yo tendria de mantener continuamente mis  
» tropas en su reino. No es esto decir, prosiguió  
» despues, que en España y en Portugal, teatro de  
» guerra deseado por los Ingleses para aumentar  
» embarazos á la Francia, *no haya peligros de esta*  
» *clase. Desgracia será que quien ha sabido superar-*  
» *los tantas veces, se deje ahora enredar en ellos....*  
» *mas desgracia todavia si se han trocado los pape-*  
» *les, y si, como recelo, la amistad ó enemistad con*  
» *la Francia se hubiese convertido en una cuestion*  
» *de personas, no habiendo mas cuestion á que aten-*  
» *der, sino la del bien ó el mal del continente, única*  
» *que yo pongo á mis amigos y enemigos. Yo no veo*  
» claro todavía, madama, ni quiero aventurar mi  
» juicio, porque las cosas de la España se necesita  
» verlas desde cerca para no engañarse; pero me so-  
» bran datos para no poder dudar que hay un fer-  
» mento extraño que podrá dañar en gran manera  
» á nuestra paz, hoy mas que nunca necesaria entre  
» los dos estados. Los ingleses tejen mucho, y tejen  
» mas de noche que de dia; no saben otra cosa....  
» ; desgraciados los que ellos cojan en sus telas! Las  
» discusiones que han brotado en vuestra real fami-  
» lia son su obra, y hasta la misma idea que ha ha-  
» bido de achacármelas, es idea inglesa enteramente,  
» verdadera obra maestra de sus tramoyas maquia-  
» vélicas, porque con ella han conseguido desqui-  
» ciar la justa confianza que vuestro augusto padre  
» debiera haber tenido mas que nunca en mi amis-

» tad, despues del último tratado tan favorable y  
» tan glorioso cual pudiera haberle sido y cual pu-  
» diera serle todavía.... No, madama , no es menes-  
» ter que V. M. le busque excusas, yo mismo le  
» disculpo, le han hecho concebir que acaloraba yo  
» un partido en contra suya para obligarle á que  
» se ponga ciegamente entre mis manos, y abusar  
» de su conflicto en menoscabo suyo y de la Espa-  
» ña... aun diré mas que esto (vea V. M. si soy in-  
» genuo), se han manejado las intrigas con tal  
» arte, que aun á mi mismo embajador recelo que  
» han logrado hacerle maula en los sucesos que han  
» movido y levantado tanto polvo; mayor razon pa-  
» ra que yo sea fácil en olvidar injurias recibidas,  
» injurias que podeis creer serian bastantes para  
» desobligarme de los empeños contraidos. Mas nõ  
» por esto me he olvidado ni sabré olvidarme de po-  
» ner los medios, ya sea para impedir que esa polí-  
» tica malvada prevalezca, ó que prevaleciendo, cual  
» pudiera, no me encuentre ocioso ó desprovisto. Si  
» produjere una explosion, fuerzas y recursos tengo  
» sobrados para sofocarla, porque en punto á pre-  
» cauciones nadie me va adelante, y cuando llega  
» el caso sé muy bien hacer que lo que existe pier-  
» da su existencia, y que lo que no existe se aparez-  
» ca y lo reemplace. Si este cuadro, por el momen-  
» to tan oscuro, que ofrece vuestra corte, causase á  
» V. M. algun desmayo, tan quebrantada de salud  
» como la encuentro, de mi parte está brindarle

» que haga alto en su camino, donde quiera, en  
» Turin, en Niza ó en Francia, donde elija, en Pa-  
» rís mismo. Mas si prefiere ir á Madrid, ruégole  
» hable á su padre con franqueza y que le diga me  
» complazco en ser su amigo todavía, y en pensar  
» que lo sea mio; que la desconfianza es una bola,  
» que en llegando á darle suelta, rueda mucho y  
» va muy lejos; que si las circunstancias en que es-  
» tamos, y en que deben cerrarse á la Inglaterra to-  
» dos los caminos para alterar el continente, pidie-  
» ren sacrificios nuevos, tal vez grandes, los espero;  
» bien seguro, cual podrá estar, de que los sacrifi-  
» cios de mis aliados los compenso al doble; que  
» aleje de su lado á cuantos quieran apartarle de  
» aquella confianza con que estoy acostumbrado á  
» que me honren todos los aliados del imperio; que  
» estoy tan lejos de querer una guerra con España,  
» que por evitarla, tal vez adoptaré medidas desu-  
» sadas sin aguardar su acuerdo por el pronto; que  
» jamas la Inglaterra podrá ser una amiga verda-  
» dera de la España mientras esta sea señora de la  
» América; que una guerra de Francia con la Es-  
» paña, nadie puede desearla sino la Inglaterra, y  
» que esta solamente es quien podria dar ocasion, ó  
» por mejor decir ponerle en el peligro de perder el  
» trono, porque lo tengo ya resuelto, que la Ingla-  
» terra no reine mas en el continente de la Europa,  
» ni directa ni indirectamente. »

A estas especies, refirió tambien la infanta que

mezcló Napoleon algunas frases enigmáticas, mal puestas en su boca ciertamente para el caso, sobre Carlomagno, tan cuidadoso de la España, que por estar seguro y quieto acerca de ella mientras domaba á los Sajones, no dudó el aliarse y sentar pactos y convenios con el caudillo mahometano que reinaba en Zaragoza, ni se creyó seguro enteramente sin tener un contradique en las provincias mismas de la España fronterizas de su imperio, sobre lo cual insistió siempre su política sin arredrarle los reveses; como tambien que un rey de España de aquel tiempo, reconociendo el interes de que las dos naciones se intimasen y de que España fuese poderosa, llegó hasta el punto de hacer á Carlomagno el homenaje de su reino y de constituirle su heredero (1). Cuando soltaba estas especies, decia la infanta doña María Luisa que se alumbraba su semblante de un resplandor oscuro amedrentante como la faz de un loco; pero que luego moderaba y endulzaba la expresion, tomaba otro camino, y parecia esforzarse en recoger, borrar ó corregir lo que habia dicho.

---

(1) Este homenaje de don Alfonso el Casto no es un hecho bastante comprobado en la historia de aquel tiempo, y mucho menos todavía su nombramiento de heredero á Carlomagno. Napoleon debiera haber pensado que si estas cosas fueron ciertas, los mismos cronistas que las refieren han contado que la nacion entera se opuso en masa, y que el emperador frances fué derrotado ignominiosamente con la flor de sus guerreros en Roncesvalles.

En conclusion, decia la infanta: « No me es facil » pintar lo que yo he visto en aquel rostro, ni lo » que yo he sentido en sus palabras, pero de todo » infiero que la España corre un gran peligro, mas » grande ó menos grande segun las circunstancias se » mostraren favorables á su ambicion, tal vez in- » cierta todavia, pero la boca abierta á cuanto al- » cance aquí y allí y en todas partes. » El príncipe Fernando oyó estas cosas, y él solo fué quien no temió al oirlas, él solo el que rió de estos temores con sus padres y su hermana.

Cárlos IV se hallaba convencido, aun antes de esto, de la necesidad de retirarse con su corte al mediodia, y de tomar con Bonaparte la actitud que requeria su honor y dignidad como monarca, cual todo soberano hubiera hecho y debia hacer en igualdad de circunstancias. Dejarse rodear de tropas extranjeras, era lo mismo que entregarse y entregar su reino á la merced y á la ambicion tan conocida del emperador de los franceses. Traidor habria yo sido, ó el mas cobarde de los hombres, si al que tenia en mí puesta su entera confianza, le hubiera aconsejado que esperase desarmado á Bonaparte, y que sin mas defensa que su justicia y su razon, se fiase á un enemigo conocido de su casa, y le fiase el porvenir, la independenciam, la suerte entera de sus reinos, su integridad, su gloria, la nacionalidad tal vez de tantos siglos, si á la nacion no se le hablaba y se dejaba en el error tan general



en que sus enemigos, mas que de Cárlos IV, mas que míos, la tenían puesta. Aun cuando hubiera yo sabido ciertamente (nunca lo había creído ni nunca fueron estos mis temores) que la intencion de Bonaparte hubiese sido la de obtener de Cárlos IV que abdicase y coronar al príncipe de Asturias, cual comenzaba ya á decirse sin rebozo; aun cuando el mismo Cárlos IV se me hubiese mostrado favorable á este concierto, mi consejo hubiera sido el mismo, no por temor personal mio (que á beneficio de mi patria, en caso necesario, hubiera yo abrazado mi destierro, cual tanto tiempo lo he sufrido heroicamente por haberle sido fiel hasta el postrer instante de mi mando), sino por tres razones poderosas; la primera, que no era honroso que renunciase el rey, circunvenido por un príncipe extranjero, y que bajase ó pareciese que bajaba las gradas de su trono por temor ó por mandato; la segunda, que era imposible que coronando Bonaparte al príncipe de Asturias, no le cobrase su estipendio, no le quitase á su corona algunas joyas, y peor que esto todavía, no hiciese de él y de la España un feudo de su imperio; la tercera.... mis lectores permitirán que la reserve por respeto, si bien es fácil comprenderla. Traidor, en fin, hubiera sido ó el mas necio de los hombres, si aun cuando Bonaparte hubiese hecho mil promesas y protestas, que no hizo, de venir pacífico y amigo, hubiese aconsejado á Cárlos IV le aguardase sin tomar medidas de resguardo

y de defensa contra el que habia lanzado cien mil hombres por delante y ocupádole sus plazas fuertes con arterías tan ruines como inicuas y cobardes. Con que censura y con que sello deban ser marcados los que le aconsejaron lo contrario, los que le hicieron vacilar en su designio, y los que le impidieron realizarlo, podrán decirlo los presentes, libres ya cual se encuentran de engaños y pasiones, y lo dirá la historia. Esta dirá tambien que me hallé solo ó casi solo para dar aquel consejo, muy mas solo para esforzarlo con instancias vivas, y solo enteramente cuando llegó el instante decisivo de cumplirlo y defender á Cárlos IV de enemigos interiores y exteriores, deber que era de todos, tan siquiera de aquellos á quien tenia fiadas las riendas del gobierno; deber en que estribaba la salud y el honor, no solo del monarca, sino de todo el reino, pues de otro modo era imposible, ó se acercaba á lo imposible libertarse de recibir la ley del extranjero por mas ó menos tiempo, ó para siempre. Resuelto estaba el rey y cada dia mas convencido de la necesidad de retirarse adonde fuese libre para pedir razon á su aliado de sus obras é intenciones, fuerte por su razon y su justicia que era una grande egida aun contra el mismo Bonaparte; donde pudiese hacer llamada y dar el grito del despertamiento á los demas imperios que aun fiaban en la moralidad de aquel guerrero enloquecido; donde pudiese hablar con libertad á la nacion entera que

traian tan engañada los seductores de su hijo, los únicos amigos é instrumentos que Napoleon tenia en España; donde pudiese convocar los diputados del pueblo castellano y acordar con ellos todos los medios necesarios para la salvacion, la libertad y el esplendor del rico imperio de dos mundos. Así lo concebía, así lo deseaba; tardaba empero en realizar la ejecucion de esta medida tan urgente, viendo la repugnancia que mostraban contra ella el príncipe de Asturias y el infante don Antonio, viéndola igual entre los individuos mas notables de la corte con quienes consultaba aquel proyecto, y como la expresion de toda ella, la opinion tan pronunciada del ministro Caballero contra la partida, y opinion que aquel hombre decia al rey, ser aun mas que la suya la de sus servidores los mas fieles, y la de todo el pueblo que miraba á Bonaparte como un amigo verdadero de la España, contra el cual no habia motivo para romper la paz y la alianza mantenida tanto tiempo con feliz suceso. Caballero no omitió medio de disuadir al rey de aquel intento, llegando hasta el extremo de afirmarle que temia un tumulto con tan sólo que fuesen vistas las señales de querer llevarse á efecto.

En estas ansiedades del monarca fué la llegada á nuestra corte del consejero Izquierdo. Despues de aquel silencio artificioso y prolongado que el gabinete de la Francia habia observado con nosotros mientras que Bonaparte nos empujaba sus legiones

sin dar razon de su conducta , llegó la hora de hablar, y don Eugenio Izquierdo fué llamado para llevar al rey de España en derechura explicaciones y demandas. Napoleon se estuvo al paño: fueron sus encargados para aquel negocio el mariscal Duroc y el príncipe de Benevento. Diéronle apuntamiento de aquello que fué hablado, pero sin forma alguna diplomática, como un alivio á su memoria, con expresa encomienda, repetida muchas veces, de entenderse con el rey directamente, sin conferir con los ministros ni conmigo. Llegado Izquierdo fué á buscarme, y díjome el encargo que traia de hablar al rey á solas, no que trajese cosa alguna en contra mia ni de ninguna otra persona, pero sí cosas graves y gravísimas que requerian mucho consejo y en que era indispensable á su entender que yo asistiese á Cárlos IV. Respondíle que el rey me llamaria si lo tenia por conveniente, y le encargué partiese luego á presentarse y á cumplir su cometido.

Dada la audiencia al consejero Izquierdo, á que asistió la reina con el rey, en cuanto aquel hubo acabado su relato, mandó el rey se me llamase. Yo no debia excusarme en tales circunstancias con ningún motivo ni pretexto; la soledad de Cárlos IV era muy grande aquellos dias, que no acertaba á quien poder fiarse sin temor de ser vendido, salvo el ministro Caballero, de quien no dudaba todavía le fuese fiel enteramente, mayor peligro por lo tanto

si el rey le consultaba. No fué el temor, bien puedo ser creído, no fué el temor de cosa alguna que avenir pudiese en daño mio lo que llevó mis pasos para aquella conferencia; yo estaba ya votado y consentido á todos los peligros; mayores los de adentro que los que para mí podian venir de afuera. Irme á llorar lejos del mundo aquellos males que tanto trabajé por contener y desviar en tiempo hábil cuando no se quiso, era el mayor que á mí podia venirme por parte de la Francia: morir en un tumulto con riesgo de mi honra á manos de un partido poderoso, era el peligro que yo hallaba en proseguir mas tiempo aconsejando y sosteniendo á Cárlos IV; pero era mi señor, era mi rey, era mi grande ídolo, y en derechura suya veia mi patria en el mayor de los peligros, puesta en él por los que habian llamado á Bonaparte y le esperaban como el amparador del príncipe de Asturias, prontos en tanto, si se veian frustrados y era llegada una catástrofe, para decir al mundo, como despues lo hicieron, que habia llegado por mi culpa. Deseándola evitar y promoviendo la salida de la real familia, desbarataba la esperanza de los que contaban, como solo medio de triunfar y de llegar al mando, la amistad de Bonaparte. Yo lo tenia previsto, y no era necesario ser un lince para mirar y ver en un futuro tan cercano; no habia otro impedimento á sus deseos que mi existencia. A Cárlos IV le habia dicho aquellos dias: «Yo perma-

» nezco á vuestro lado , sabiendo que es posible de  
 » un instante á otro que á V. M. le traigan mi ca-  
 » beza en una pica : los progresos de la faccion  
 » se manifiestan á la luz del dia , y ya no tienen  
 » mas recurso los malvados sino asaltar el trono , y  
 » comenzar á hacerlo quitándome del puesto donde  
 » le estoy guardando.» Cárlos IV , por confortarme,  
 se reia y me llamaba visionario ; mas no desconocia  
 la situacion en que me hallaba , ni yo la cruel ba-  
 talla que sufría su espíritu temiendo que el mo-  
 mento de emprender su marcha al mediodia diese  
 principio á los desastres.

Y la partida en tanto se hacia mas necesaria , mas  
 urgente. Si algo faltaba todavía para avivar esta me-  
 dida de salud , fué la mision de Izquierdo , asunto y  
 pretendido negociado , de que puedo ofrecer á mis  
 lectores , mejor que mis recuerdos , un trasunto del  
 papel que le fué dado para que lo copiase de su  
 letra , y aquella copia la trajese como un auxilio  
 solamente á su memoria. No tenia mas cabeza aquel  
 escrito , que el que ya he indicado : *Especies y*  
*cuestiones proponibles* (proposables). Poseo el tras-  
 lado que yo hice de aquel raro documento , y que  
 entregado luego á Cárlos IV , su magestad había  
 guardado y lo llevó consigo en su viage por si  
 pudiese serle necesario. Su tenor literal es el si-  
 guiente :

« 1.<sup>a</sup> especie : Que S. M. el emperador de los  
 » franceses , despues de tantas y tan sangrientas cam-

»pañas sostenidas por la Francia en el largo discurs-  
»so de quince años contra cuatro coaliciones susci-  
»tadas y costeadas por la Inglaterra, sin que los  
»constantés triunfos de la república y del imperio  
»hubiesen bastado á asegurar la paz tantas veces  
»concedida despues de la victoria á las potencias co-  
»ligadas, conquistada esta paz de nuevo en los cam-  
»pos de Polonia á expensas de los mas grandes sa-  
»crificios de sus pueblos, se creia sobrado de razon  
»y de autoridad legítimamente ganada, para impe-  
»dir en lo sucesivo *por toda suerte de medios, or-  
»dinarios ó extraordinarios, regulares ó irregula-  
»res, violentos ó suaves*, cual los sucesos podrian  
»pedirlos, que la paz del continente pudiese ser  
»turbada en adelante por la Inglaterra, puesto á  
»este fin de acuerdo con todos los amigos y aliados  
»de su imperio, entre ellos el emperador de las  
»Rusias, pronto éste por su parte á cooperar de la  
»manera mas enérgica con S. M. I. y R. para re-  
»ducir á la Inglaterra á la necesidad de prestarse á  
»una paz sincera y estable con la Francia y con las  
»demas potencias sus amigas y aliadas; paz defini-  
»tiva y capaz de duracion, como S. M. la entendia,  
»en que todas las naciones de la Europa gozasen de  
»los beneficios y derechos comunes á que naturale-  
»za y la civilizacion las llamaba á todas indistinta-  
»mente.

« 2.<sup>a</sup> Que zanjados y asegurados los designios  
»de S. M. I. y R. en el norte de la Europa por los

» tratados de Tilsit, y por la exacta y rigurosa ejecución en que desde un principio fueron puestos, sin atenderse en ellos otros intereses que los comunes de la Francia y de la Europa, faltaba á S. M. realizar las mismas intenciones por entero en los pueblos del mediodia, donde la Inglaterra no tenia cerrados todos los caminos de su mortífera influencia, siéndole forzoso para esto, por una parte, poner la Italia á cubierto de las intrigas y atentados de aquel gobierno maquiavélico; y por la otra, apartarle para siempre del funesto predominio que ejercia en el Portugal, y de toda eventualidad por la cual, mas pronto ó mas tarde, se pudiese prometer realizar en la Península lo que en el norte de la Europa le era ya imposible y habia ansiado tanto tiempo, que era encender las hachas de la guerra y abrir el teatro de ella en un pais como España y Portugal, donde la larga extension de sus costas debia ofrecerle mas recursos para una guerra carnicera y prolongada.

« 3.<sup>a</sup> Que S. M., para llegar al cabo de sus designios, igualmente saludables para Italia y España, habia concebido con la mas pura buena fé los tratados de Fontainebleau, por los cuales, dando al rey de España una gran parte la mas larga en los beneficios que debian resultar de sus proyectos y resoluciones en cuanto al Portugal, habia consultado al bien comun de la Francia y de la



» España, haciendo á esta participante por tal medio  
» de los gloriosos sucesos del imperio, y contando  
» con ella como una gran potencia que lo era, para  
» que le ayudase largamente á asegurar la paz del  
» continente y á destruir la tiranía marítima, doble  
» objeto en que la España, señora casi única del con-  
» tinente americano, tenia aun mas interes que las  
» demas potencias de la Europa, é idea sobresalien-  
» te acerca de la cual habia querido el emperador  
» excitar mas y mas el ánimo de S. M. C., ofreciénd-  
» dose y obligándose por los mismos tratados á re-  
» conocerle en tiempo oportuno como emperador de  
» las dos Américas.

4.<sup>a</sup> Que S. M. I., no ignorante de que en Espa-  
» ña habia existido siempre un partido ingles que  
» embarazaba mas ó menos la amistosa y noble con-  
» currencia de la España con la Francia contra su  
» comun enemigo la Inglaterra, y de que la influen-  
» cia de este partido habia llegado hasta á hacer ti-  
» tubear al gobierno de S. M. C. sobre la buena fé  
» de las relaciones del gabinete imperial con el de  
» España, vacilacion lamentable que habria podido  
» empeñar una guerra dolorosa entre dos naciones  
» cuyo mútuo interes era de ser perpetuamente ami-  
» gas, S. M. I., para desvanecer aquellos temores  
» tan mal fundados, habia hecho insertar, de movi-  
» miento propio suyo, la obligacion en que se cons-  
» tituia, por el artículo XXI, de salir garante á  
» S. M. C. de la posesion de sus estados del conti-

» nente de Europa situados al mediodia de los Pi-  
» rineos.

« 5.<sup>a</sup> Que destruida por este medio de antemano  
» toda especie maligna que posteriormente pudiesen  
» reproducir los Ingleses contra la buena fé y la  
» sinceridad de las relaciones del gabinete frances  
» con el de España, ratificados apenas el tratado de  
» Fontainebleau, y la convencion á él aneja, por  
» parte de S. M. I., y no bien seca todavía la firma  
» que en él habia puesto, tuvo el disgusto de saber  
» la discordia que habia estallado en la familia real  
» de España, y el violento pesar de que se hubiese  
» podido hacer creer á S. M. C. que el emperador,  
» por medio de su propio embajador, habia tenido  
» ó podido tener influjo en la desobediencia ó cual-  
» quiera otra falta que hubiese cometido el prínci-  
» pe heredero, ofensa gravísima que habria sido  
» bastante para haber hecho rasgar aquel tratado y  
» pedido una satisfaccion ruidosa de tamaño agra-  
» vio; pero que S. M. I., fiel todavía á la poderosa  
» simpatía que peleaba en su corazon á favor de  
» Cárlos IV, se contentó con exigir por única repa-  
» racion la de sepultar en la nada las injustas quejas  
» que con tanto deshonor de su propia persona le  
» habian sido dadas, prometiendo al mismo tiempo  
» que si se llegase á presentar á S. M. I. alguna  
» prueba convincente de que su embajador se hu-  
» biese mezclado en asuntos interiores de la España,  
» S. M. haria justicia y daria satisfaccion á S. M. C.

» « 6.<sup>a</sup> Que posteriormente S. M. I., tanto por el  
» tenor de algunas publicaciones hechas en Inglaterr-  
» ra sobre los sucesos del Escorial, como por las re-  
» laciones de algunas personas del imperio que viaja-  
» ban por la España en aquella actualidad, y por  
» los avisos é informes de su embajador, habia teni-  
» do el nuevo descontento de saber, que no bien  
» sofocadas todavía las discordias de la real familia,  
» se envenenaban en España los partidos, y que los  
» agentes ocultos de Inglaterra hacian cundir que  
» S. M. I. se proponia intervenir en aquellas disen-  
» siones y mostrarse favorable al príncipe heredero,  
» hasta el grado tal vez de coronarle, ó hacerle por  
» lo menos asociar al reinado de su padre; tramas y  
» enredos infames del gobierno ingles, por cuyo  
» medio se proponia lograr una ruptura de la Es-  
» paña con la Francia, pronto á ofrecer á aquella  
» su asistencia con armas y dinero, y á arrastrarla y  
» empeñarla en una guerra desastrosa, con tal de  
» tener campo donde incendiar de nuevo el conti-  
» nente.

» « 7.<sup>a</sup> Que con tales premisas, sabedor S. M. I.  
» por una parte, de las expediciones que con el ma-  
» yor misterio preparaban los Ingleses para la Pe-  
» nínsula, fuese para alentarla y promover en ella  
» el grito de la guerra contra los franceses, fuese  
» para obligarla á entrar en sus designios, y llegan-  
» do á S. M. por otra parte noticias positivas sobre  
» el ardor y la violencia de los dos partidos que di-

» vidian la corte de S. M. C., creyó el emperador  
» de su deber, no tanto por sí mismo, como por su  
» aliado Carlos IV, cubrir el reino y aun la corte  
» misma contra cualquier evento peligroso; y que  
» así lo habia verificado, sin pretender por el mo-  
» mento la anuencia de S. M. C., por diversas razo-  
» nes; la primera, de miramiento y de prudencia  
» para evitar discusiones sobre el estado interior de  
» la España, y apartar toda idea de que el empera-  
» dor se quisiese ingerir en los negocios de ella sin  
» llamarle S. M. C.; la segunda, por no exponerse á  
» una negativa de su parte sobre la entrada de mas  
» tropas, negativa que habria sido muy posible en  
» tales circunstancias y habria comprometido los  
» respetos de ambas partes; la tercera, para probar  
» tambien hasta qué grado podia contar S. M. I. con  
» la confianza del gobierno de Carlos IV, á quien  
» acababa S. M. de garantir sus estados con un tra-  
» tado solemnísimos.

« 8.<sup>a</sup> Que por los mismos motivos, advertido  
» como se hallaba ya el emperador, por una larga  
» experiencia, del antiguo y nunca interrumpido  
» sistema de precaucion y restricciones que el go-  
» bierno de S. M. C. habia observado siempre en sus  
» relaciones con la Francia, habia querido mas  
» bien S. M. I. que se ocupasen algunas de las pla-  
» zas fronterizas por medios pacíficos é inocentes,  
» en vez de que se hiciesen las justas reclamaciones  
» á que le daba derecho el mantenimiento de la bue-

» na disciplina y la seguridad de sus tropas con res-  
» pecto á la abertura y franqueza de aquellas mis-  
» mas plazas fuertes, que podria haberle sido nega-  
» da con peligro de la buena inteligencia y armo-  
» nía de las dos cortes; que acerca de este punto ha-  
» bia sido mucho de extrañar para el emperador,  
» que una vez convenida por un tratado solemne la  
» entrada del primer ejército de operaciones, no tan-  
» solo no se le hubiese abierto plaza alguna fronte-  
» riza, ni del Portugal ni de la Francia, sino que  
» se hubiesen dado órdenes terminantes para que no  
» se abriesen ni aun á la misma curiosidad de los  
» militares franceses, género de conducta nunca  
» visto entre naciones amigas, aliadas y concurren-  
» tes á una misma empresa de interes recíproco; no  
» pudiendo ocultarse al gobierno de S. M. C. la  
» franqueza absoluta de las plazas militares, que  
» aun con menor motivo habian disfrutado y dis-  
» frutaban las tropas de S. M. I. en los demas pai-  
» ses aliados donde el interes comun requería el  
» paso de ellas, ni debiendo el mismo gobierno ig-  
» norar, que aun en el simple paso concedido á  
» un ejército extranjero por pais neutral, suelen  
» ofrecerse circunstancias graves en que sea neces-  
» rio apoderarse de una plaza neutra, poner en ella  
» guarnicion, y ocuparla por mas ó menos tiempo,  
» para prevenirse contra un enemigo que habria in-  
» vadido ó intentado invadir el territorio de su  
» tránsito.

» 9.<sup>a</sup> Que esta desconfianza del gobierno espa-  
» ñol con respecto á la invariable buena fé que  
» S. M. I. habia observado siempre en todas sus tran-  
» sacciones políticas, daba márgen al de S. M. el  
» emperador para desconfiar á su vez de la perfecta  
» amistad y sinceridad de que aquel se alababa con  
» respecto á la Francia, siendo una cosa cierta que  
» el que desconfia de un amigo y teme de él alguna  
» cosa, está muy cerca de hacerse su enemigo; y  
» siendo de observar aquí un contraste bien mar-  
» cado entre los dos gobiernos, á saber, que S. M. I.  
» habia dejado entrar su ejército en España sin exi-  
» gir ninguna garantía, por mas que el gobierno  
» de S. M. C. tuviese sobre las armas un número  
» de tropas cuatro veces mayor de las que entraban  
» de la Francia; que esta desigualdad en las señales  
» de amistad y confianza por parte de la España,  
» habia obligado á S. M. el emperador á tomar in-  
» formes, y á estudiar la marcha y la política del  
» gobierno español con especial cuidado; que en  
» esta exploracion habia notado S. M., con no poco  
» disgusto suyo, la frialdad tan notable que este  
» gobierno mostraba en sus medidas de cooperacion  
» contra el enemigo comun, y que si bien S. M. I.  
» habia tenido muchos motivos de satisfaccion y aun  
» de agradecimiento en los esfuerzos que habian  
» sido hechos por parte de la España en la campaña  
» marítima de 1805, no habia tenido despues nue-  
» vos motivos de alegrarse, al ver el carácter de

» mera guerra defensiva á que luego, por mas de  
 » un año, se habia ceñido su gobierno contra la  
 » Inglaterra, cuidando mas que de navíos y de ar-  
 » mamentos de marina, de ejércitos de tierra, pro-  
 » pios mas bien para guardarse de la Francia que  
 » de los Ingleses, cual se habia visto en Dinamarca  
 » con entera ruina de su poder marítimo hurtado  
 » al continente.

« 10.<sup>a</sup> Que por quejas é informes de sus consu-  
 » les, tenia S. M. que lastimarse de la severidad y  
 » la dureza de nuestras aduanas y aranceles con el  
 » comercio de la Francia, sin distinguirla en cosa  
 » alguna de las demas naciones aun las mas indife-  
 » rentes; siendo tambien para el emperador un gran  
 » motivo de extrañeza, haberse diferido y posterga-  
 » do tantas veces el tratado de comercio entre ambas  
 » dos potencias, indicado y prometido desde la paz  
 » de Basilea.

« 11.<sup>a</sup> Que el contrabando ingles reinaba siempre  
 » en nuestras costas del Mediterráneo, efecto nece-  
 » sario de la impunidad casi segura, ó de la suavi-  
 » dad de los castigos (que era una cosa igual con  
 » que contaban siempre los defraudadores; mien-  
 » tras la Francia sujetaba á penas rigorosas las con-  
 » travenciones mas ligeras que podian hacerse,  
 » no tan solo en los litorales del imperio, sino del  
 » mismo modo en los demas paises aliados que  
 » hallaban protegidos por sus armas.

« 12.<sup>a</sup> Que entre tantas y tan positivas señales de

»tibieza, de indiferencia y aun de aversion por par-  
»te del gobierno de S. M. C. en cuanto á concurrir  
»con el de S. M. I. en aquella actualidad tan im-  
»portante, para obligar por toda suerte de medios  
»al gabinete británico á la necesidad de implorar  
»la paz, habia una muy especial y muy reciente,  
»no desmentida todavía, á saber, que habiendo in-  
»vitado el gobierno de S. M. I. al de S. M. C. á  
»unir su escuadra de Cartagena con la francesa  
»surgida en Tolon, para hacer levantar el bloqueo  
»que sufrían en Cádiz las dos escuadras combina-  
»das francesa y española, y disponer con todas  
»cuatro el nuevo ataque que meditaba S. M. I. con-  
»tra las islas Británicas, era ya pasado mas tiempo  
»de cuarenta dias, sin que la escuadra de Cartagena,  
»arribada á Mallorca y despues á Menorca, hubiese  
»dado vela para Tolon, segun se habia prometido  
»á S. M. I., difiriendo su salida el comandante de  
»aquellas fuerzas bajo pretextos especiosos y nada  
»comprobados de vientos contrarios y de fuerzas  
»mayores enemigas; negocio sobre el cual se ha-  
»bian hecho y se estaban haciendo á nuestro go-  
»bierno vivas y continuas reclamaciones, cuyo efec-  
»to se tardaba siempre, y en cuya tardanza se de-  
»jaba ver una mala voluntad de concurrir á aque-  
»lla empresa tan deseada, quedando así mas tiempo  
»al gobierno británico para organizar sus defensas,  
»y armar mas á su anchura las expediciones que  
»intentaba contra la Península con mayor peligro



» de las armas españolas y sus auxiliares las francesas (1). »

« 13.<sup>a</sup> Que S. M. el emperador no había dudado jamás, ni persona alguna del mundo sería capaz de hacerle dudar de la probidad, de la buena fe, de la religion y del honor incorruptible de su cor-

(1) Es cierto que Napoleon había hecho pedir la reunion de nuestra escuadra de Cartagena, compuesta de seis navíos de línea (entre ellos la *Reina Maria Luisa*, de ciento y doce cañones) con la que se hallaba surgida en Tolon; cierto tambien que se prometió enviarla, y que se dió la órden ostensible de hacerla salir de Cartagena para aquel destino. Pero las graves dudas y cuidados que ofreció la conducta de Bonaparte en los meses de diciembre y de enero, dudas y cuidados que se hacian mas grandes cada dia que iba pasando, fueron sobrada causa para expedir órdenes reservadas al comandante de nuestra escuadra don Cayetano Valdes, á fin de que con pretexto, ya de enemigos, ó ya de vientos contrarios, demorase su marcha para Tolon, mientras no recibiese nuevas órdenes. Dada la queja de aquel retardo por el gabinete frances, mandé salir para Mahon al teniente general don José Salcedo con la aparente mision de tomar el mando de la escuadra y de averiguar la conducta de Valdes; pero en la realidad para sosegar el descontento del gobierno frances, y dando á Salcedo el rigoroso encargo de no zarpar para Tolon de modo alguno sin órden mia terminante, obrando de igual modo que Valdes había hecho. De aquí resultó que Bonaparte no hubiera logrado gozarse con nuestra escuadra de Cartagena, ni sacar la que tenia en Cádiz, al mando del almirante Rosillí, cuando se descubrieron sus inicuas intenciones é hizo patente su perfidia con nosotros.

» dial amigo y aliado Cárlos IV ; pero que tal segu-  
» ridad no la tenia S. M. I. tan completa de los mi-  
» nistros de S. M. C. ; que despues de esto en cir-  
» cunstancias tales como eran aquellas en que la  
» España se encontraba, no era fácil que S. M. C.  
» se hallase constantemente en el caso de ver y juz-  
» gar los sucesos y las cuestiones que se abocaban,  
» con la claridad, la exactitud y la imposible firme-  
» za que eran tan necesarias y deseables; que des-  
» graciadamente S. M. C., por una triste fatalidad  
» de acaecimientos no previstos, se hallaba puesto  
» en el batidero de dos influencias contrarias, en  
» que se cruzaban al rededor del trono los enredos  
» y las mentiras bajo las apariencias mas engañosas:  
» que la discordia introducida y no bien apagada en  
» su real familia, tenia hondas raices en los partidos  
» que con astucia infernal agitaba la Inglaterra en-  
» mascarada de mil modos; que S. M. I. habia sabi-  
» do de una manera positiva, que entre los dos par-  
» tidos principales que dividian la corte de España,  
» se hacia sentir otro tercero de anarquistas, cuyos  
» designios se alargaban al extremo de aspirar á  
» una reforma capital de la monarquía española,  
» con semejanza segun unos á la constitucion ingle-  
» sa, y segun otros á la constitucion americana;  
» que una revolucion, de cualquier modo que fue-  
» se llevada á efecto, ora se contuviese en una me-  
» ra cuestion de personas, ora se extendiese tam-  
» bien á las cosas, podria hacer carecer á S. M. C.

» de la plena libertad que necesitaria para cumplir  
» sus empeños contraidos con la Francia, ó bien  
» llegar á punto de desposeerle de su real corona,  
» en cuyo triste evento S. M. I. podria encontrarse  
» comprometido en la Península contra las armas  
» británicas y contra el mismo pais, teniendo que  
» superar á un mismo tiempo la guerra civil y la  
» guerra extrangera; que un acontecimiento de esta  
» especie podria poner en duda hasta el honor del  
» gabinete frances entre los demas pueblos del con-  
» tinente que no podrian saber á punto fijo cuál  
» habria sido el verdadero origen de semejante tor-  
» bellino; que la existencia, en fin, de España como  
» nacion independiente no podria menos de correr  
» en tal revuelta un gran peligro, con mas la tras-  
» cendencia fatalísima de ser perdidas las Américas,  
» y hallarse luego destruida entre las disensiones in-  
» teriores y las contiendas porfiadas de la Inglaterra  
» y de la Francia, una nacion como la España, he-  
» cha para mandar las tierras y los mares con la  
» Francia, única amiga suya verdadera y compa-  
» ñera natural de intereses y política.

« 14.<sup>a</sup> Que aun olvidando S. M. I., como se es-  
» forzaba por olvidar, las quejas amigables que ha-  
» bian sido expuestas, le era imposible prescindir  
» de la situacion interior política en que se hallaban  
» los partidos, y de las graves mudanzas que una  
» colision entre ellos podria ocasionar en el sistema  
» político del gabinete español; que en presencia de

» esta situacion , por la cual habian variado nota-  
» blemente las circunstancias en que S. M. I. habia  
» tenido á bien aprobar el tratado de Fontainebleau,  
» no se estimaba ligado á la rigurosa observancia de  
» aquellos artículos y cláusulas que podrían dañar  
» á la seguridad y al buen éxito de sus armas en la  
» Península, mientras ésta se hallase amenazada, ya  
» fuese en lo interior, de una guerra doméstica, ya  
» fuese en lo exterior, de una invasion de Ingleses  
» en sus costas sostenida ó no por las facciones que  
» tenia movidas la Inglaterra; que no pudiendo el  
» emperador ni debiendo en modo alguno desistir de  
» su empresa en Portugal, ni dejar de hacer frente  
» contra los ataques que intentasen los ingleses tanto  
» en aquel reino como en España, se consideraba  
» en la necesidad de mover y situar sus ejércitos,  
» en combinacion con los de S. M. C., donde quiera  
» que las circunstancias pudieran hacer necesaria la  
» presencia de ellos, sin ninguna limitacion de pro-  
» vincias y lugares; y que por igual razon no podia  
» menos de exigir que cualesquiera plazas fuertes,  
» sobre las cuales necesitasen apoyarse sus ejércitos,  
» les fuesen abiertas, haciendo el gobierno de S. M. C.  
» responsables á sus comandantes de cualquiera ope-  
» sion ó tardanza que, una vez requeridos, se per-  
» mitiesen en franquearlas.

« 15.<sup>a</sup> Que por razon de las contingencias ya in-  
» dicadas de un trastorno que pudiese producir la  
» colision de los partidos, S. M. I. no podia menos

» de pedir á S. M. C. algunas garantías contra toda  
» suerte de sucesos ulteriores, que independiente-  
» mente de la voluntad de S. M. C. llegasen á alte-  
» rar la paz interior del reino juntamente con el  
» sistema político de su gobierno; que debiendo pre-  
» caverse S. M. I. contra tales acaecimientos muy  
» posibles, no podia menos de fortalecerse especial-  
» mente en las provincias españolas fronterizas de la  
» Francia, y que tales podrian venir los sucesos que  
» se viese obligado á establecer en ellas gobiernos  
» militares, y á ocuparlas hasta un año despues de  
» haberse hecho y consolidado las paces generales;  
» que en la ejecucion de esta medida, S. M. el em-  
» perador no podia menos de encontrar todos los in-  
» convenientes que lleva consigo una manera de  
» existir precaria y preternatural, cual habria de  
» ser en tal suposicion la de aquellas provincias, y  
» que, aun sobrado como S. M. I. podia hallarse de  
» antecedentes históricos y de razones políticas *para*  
» *añadirlas al imperio, ó establecer al menos entre*  
» *las dos naciones una potencia neutra que fuese un*  
» *valladar entre una y otra*, se limitaba á indicar  
» un cambio favorable á las dos partes, que era ce-  
» der el Portugal entero contra un equivalente en  
» las provincias fronterizas de la Francia; cambio  
» tanto mas útil para España, quanto por medio de  
» él se evitaria la servidumbre de un camino mili-  
» tar de extremo á extremo de las fronteras, forzoso  
» de sufrirse mientras la Francia poseyese alguna